

## LA MUERTE DEL MAESTRO

Hace años que una pertinaz faringotraqueítis me hizo abandonar la tribuna: casi el único medio que empleaba para relacionarme con el pueblo. Nada pierden. Jamás serví para panegirista. Tratándose de Dicenta, menos. Está muy fresca la influencia viva para realizar una crítica severa e imparcial.

Para las generaciones futuras, Dicenta será *Los Bárbaros, Daniel, Juan José*. Para la sociología partidista, Dicenta será el literato del obrero. Para la escuela revolucionaria, el rebelde impenitente.

Con todo esto no se conocerá la completa raigambre, la dura correa de que estaba fabricada su inteligencia. Sólo los que hemos convivido su última etapa la hemos visto con asombro en todo su esplendor.

Porque Dicenta tuvo la visión clara del desmoronamiento de su organismo, y conservó la entereza de siempre. Vió venir a la Intrusa, y la saludó caballerescamente, desafiándola sin jactancia. «Jugué la vida pronto y sin reservas», la dijo; y luego, dirigiéndose a los médicos que consultaban sobre la posibilidad de prolongar un poco aquella vida: «... Hablen recio y claro; pero aquí, ante mí. Quiero tomar parte en la liquidación de mi existencia. Tengan en cuenta que soy *un hombre*.»

Como hombre, ese era Dicenta. El que horas antes, a solas con el amigo, le decía: «Esto se va. No dispongo de reservas para reaccionar.»

«Conste que muero rebelde... Que no se me hagan homenajes artísticos, que detesto; para lo cual no pasará mi cadáver por frente a ningún teatro... Ya que en este país no está autorizada la cremación, que mi cuerpo repose en sitio apartado de toda confesión religiosa, envuelto en blanco sudario, metido en sencillo y artístico arcón y... rodeado de flores», dijo, y llamó inmediatamente al notario... Para re-

cordar algo parecido hay que remontarse a la grandiosa muerte de D. Francisco Giner de los Ríos o de Augusto Linares.

Dicenta vivió como pensó, y murió como vivió.

Fué un carácter consecuente consigo mismo.  
Imitémosle en su consecuencia.

ANTONIO RICO <sup>(1)</sup>

(1) Médico que le asistió hasta la hora de su muerte.

## LA ÚLTIMA NOCHE DE DICENTA

Por encargo del ilustre periodista D. Miguel Moya fui llamado a visitar a Dicenta en la última noche que quedaba de vida al inmortal autor de *Juan José*.

Se trataba de que yo tuviera una consulta facultativa con el ilustrado Dr. Rico, médico de cabecera, que había hecho ya todos los esfuerzos posibles para salvar al dramaturgo.

Al saludar a mi compañero, le pregunté impaciente:

— ¿Qué pasa?

— Ahora lo verá usted — me contestó Rico —; pasa una cosa muy triste; lo que pasa es que ¡Dicenta se muere!

Sentí gran emoción al oír estas palabras, dichas con una profunda convicción. Aparte del dolor que produce la anticipada muerte del ge-

nio, yo sentía que se desplomaba en mi alma algo de mi vida, porque yo fui amigo de Dicenta desde que teníamos doce años y nos examinábamos en el Instituto de Alicante. Después nos tratamos toda la vida. Y entré, acompañado de Rico, en la habitación, aparentando serenidad, disimulando la impresión terrible.

Sin duda que era la última noche de aquel hombre, que había caminado en el mundo por el atajo y había llegado pronto al borde del sepulcro. Su cuerpo era una ruina. Su existencia estaba sostenida por un hilo delgadísimo que se rompería de un momento a otro. Pero su espíritu se mantenía entero, formidable. El proceso morboso, infiltrado en todas sus entrañas, no había embotado el claro manantial del pensamiento. El cerebro continuaba lleno de luz. En su rostro desnutrido, enjuto completamente, brillaban unos ojos que aun penetraban agudamente en las ideas. La mirada investigadora se clavaba en mí, adivinando mi pensamiento.

\*  
\* \*

Dicenta me tendió su mano descarnada, que estreché con afecto y veneración, y me dijo:

— Ya sé lo que te parece. ¡Esto no tiene remedio!

Lo mismo Rico que yo tratamos de reanimarlo, de engañarlo. Y él se dejó engañar y reanimar. Después de la consulta médica, hablamos algún tiempo. Recuerdo sus palabras exactamente. Fueron éstas:

— ¿Qué me cuentas de Elche? ¿Y la Faeneta de Baeza? ¡Qué días aquellos del eclipse! ¿Te acuerdas? Hicimos una buena campaña a *El Liberal*. ¡Qué hermosos aquellos palmerales! Cuando los vi, desde el tren, la primera vez, me parecieron un ejército enorme, suntuoso, que invadía la ciudad. La batalla estaba ganada. Aun quedaban retrasados algunos huertos, especie de escuadrones que no tenían prisa en llegar.

— Entonces— le interrumpí— escribiste crónicas muy hermosas.

Y continuó hablando Dicenta:

— Lo último que he pensado es una crónica que se titulará *Mascarada roja*. No sé cómo

hay gentes con ganas de disfrazarse y divertirse. Sus gritos de estos días me atormentan, y me hacen recordar los gritos de las víctimas de la tremenda catástrofe que trata de acabar con la Europa moderna.

Y, así, hablamos algo más. Al despedirnos, Dicenta parecía sereno, tranquilo. Pero cuando lo dejamos, se arrojó en los brazos de un ser querido y dijo sollozando:

— ¡Adiós! ¿Sabes lo que quiere decir la consulta de estos dos médicos tan amigos míos? Quiere decir que me acerco al fin, que esto se acaba.

\*  
\* \*

Al mismo tiempo, el Dr. Rico y yo cruzábamos el Paseo de los Mártires, silenciosos, tristes. No había esperanza. Sólo hablamos del cementerio.

Dicenta recobró otra vez la tranquilidad, y en las primeras horas de la madrugada, al tratar de incorporarse, se apoyó en los brazos de aquel ser querido. Y sin lucha, sin una actitud fisiológica para defenderse en el últi-

mo trance, exhausto de energía, sin estertor, dejó la vida. Se había roto el hilo delgadísimo. El momento misterioso de transición fué imperceptible. La muerte había llegado, apoderándose rápidamente de aquel cuerpo destruido de un hombre. La llama del genio se había remontado al infinito, dejando aquí la gran sombra de las desdichas humanas.

\*  
\* \*

Y ésta fué la última noche de Dicenta. Así acabó su vivir vertiginoso. Su verdadera gloria ahora comienza. Deja una semilla que germina. Sus ideales harán que brote esa primavera azul y renaciente, aliviadora de los desheredados, de los trabajadores y de los humildes...

¡Y el genio de la Humanidad cubrirá de flores de agradecimiento la sepultura del poeta!

DR. LÓPEZ CAMPELLO.

Alicante, 11 de marzo de 1917.

# OBRAS DE JOAQUÍN DICENTA

## TEATRO

### DRAMAS Y COMEDIAS

- El suicidio de Werter.* — Drama en tres actos, en verso.  
*La mejor ley.* — Drama en tres actos, en verso.  
*Los irresponsables.* — Drama en tres actos, en verso.  
*Luciano.* — Drama en tres actos, en prosa.  
*Honra y vida.* — Drama en un acto, en verso.  
*Juan José.* — Drama en tres actos, en prosa.  
*El señor feudal.* — Drama en tres actos, en prosa.  
*El crimen de ayer.* — Drama en tres actos, en prosa.  
*Daniel.* — Drama en tres actos, en prosa.  
*La confesión.* — Drama en un acto, en prosa.  
*Sobrevivirse.* — Drama en tres actos y un prólogo, en prosa.  
*El Lobo.* — Drama en tres actos, en prosa.  
*Ramón Lull.* — Drama en tres actos, en verso. (Póstuma.)  
*La promesa.* — Drama lírico en tres actos, en verso. (Póstuma.)  
*La conversión de Mañara.* — Comedia en tres actos, en verso.  
*Aurora.* — Comedia en tres actos, en prosa.  
*Amor de artistas.* — Comedia en cuatro actos, en prosa.  
*Lorenza.* — Comedia en tres actos, en prosa.  
*¡Pa mí que nieva!* — Comedia en un acto, en prosa.  
*Los majos de plante.* — Sainete en un acto, en verso (1).  
*De tren a tren.* — Juguete cómico en un acto, en prosa.  
*El tío Gervasio.* — Monólogo, en prosa.  
*El león de bronce.* — Monólogo, en prosa.  
*Marinera.* — Monólogo, en prosa.  
*El Místico.* — Drama en cuatro actos, traducido del catalán.

(1) En colaboración con Pedro de Répide.

Galerna.  
Las esmeraldas.  
Con la bandera en alto.  
El hampón.  
Página rota.  
Rebelión.  
Infanticida.  
¿Cuál de los dos?  
El pasaporte amarillo.  
Caballería maleante.  
El Capitán Anselmo.  
Paraíso perdido.  
Interior. (Póstuma.)  
La herencia.  
Sol de invierno.  
El hijo del odio.  
Garcés de Marsilla.  
¡Quién fuera tú! (Póstuma.)

#### ARTÍCULOS Y CUENTOS

Spoliarium.  
Tinta negra.  
De la batalla.  
Crónicas.  
Traperías.  
Los de abajo.  
De la vida que pasa.

#### CRÓNICAS DE VIAJES

De piedra a piedra (impresiones de Piedra).  
Espumas y plomo (impresiones del mar y de la mina).  
Desde los rosales (impresiones montañosas).  
Bajo los mirtos (impresiones asturianas).  
Serranas.  
Por Bretaña.  
Mares de España.

#### POESÍAS

Del tiempo mozo. (Un volumen.)

#### ZARZUELAS

Curro Vargas. — Drama lírico en tres actos, en verso (1).  
La Cortijera. — Drama lírico en tres actos, en verso (1).  
Raimundo Lulio. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (2).  
El Duque de Gandía. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (3).  
Juan Francisco. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (4).  
Entre rocas. — Drama lírico en un acto, en verso (4).  
El idilio de Pedrín. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (5).  
El vals de las sombras. — Comedia lírica en un acto, en prosa (6).  
Los majos de plante. — Sainete lírico en un acto, en verso (4).  
Los tres maridos burlados. — Comedia lírica en un acto, en verso (7).

#### NOVELAS

Los Bárbaros.  
Encarnación.  
Rebeldía.  
Mi Venus.  
Una letra de cambio.  
El sino.  
El Lobo.  
Del camino.  
Gañanta.  
Idos y muertos (memorias de mi vida).  
El idilio de Pedrín.

(1) En colaboración con Manuel Paso. Música del maestro Chapi.  
(2) Música del maestro Villa.  
(3) Música de los maestros Llanos y Chapi.  
(4) Música del maestro Chapi.  
(5) En colaboración con J. Dicenta (hijo). Música del maestro Gimeno Sánchez.  
(6) Música del maestro Valverde.  
(7) En colaboración con Pedro de Répide. Música del maestro Lleo.